

ANTONIO GONZÁLEZ MONTES

EL PENÚLTIMO BUENDÍA

De los muchos Buendía que pueblan las páginas de *Cien años de soledad* (1967), Aureliano Babilonia Buendía (a) “el antropófago”, tiene características singulares que queremos destacar, a través de un seguimiento de los momentos más relevantes de su vida, que corresponde a la etapa final de la estirpe y del pueblo de Macondo.

Primero, habría que señalar que en el árbol genealógico de la familia¹, este personaje pertenece a la sexta generación y nació como fruto de la relación no matrimonial entre Meme (la hija mayor del matrimonio del gemelo Aureliano Segundo, con la bogotana Fernanda del Carpio²) y Mauricio Babilonia, aquel obrero de la compañía bananera norteamericana, identificado con las mariposas amarillas que precedían su llegada furtiva a la casa de los Buendía, para encontrarse con Meme. Aureliano fue el único hijo que nació de esta relación no aceptada, en especial, por la orgullosa Fernanda, su abuela, y por eso, cuando su tío padre José Arcadio retorna de Roma, se encuentra con él en la casa familiar y se entera de su origen, le dice:

-Entonces, tú eres el bastardo. El interpelado le responde: -Soy Aureliano Buendía³.

1 Cf. Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*. Edición conmemorativa. Colombia, Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, 2007.

2 *Ibidem*, Nombres, p. 602.

3 Para las citas del texto, hemos utilizado la siguiente edición: Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*. Bogotá, Editorial Oveja negra, 1984.

Decíamos que este penúltimo Buendía, si bien no es ni un portento de fortaleza física como su tatarabuelo José Arcadio, ni tampoco famoso como su pariente remoto, el coronel Aureliano Buendía, vive experiencias que ninguno de sus antepasados vivió y es víctima y testigo directo de la desaparición final de la faz de la tierra de esa familia emblemática que se enseñoreó durante una centuria en el pueblo caribeño de Macondo. Además es el único que llegó a descifrar en su totalidad los manuscritos en idioma sánscrito que había escrito el gitano Melquiades, y en donde estaba contada la historia completa de los Buendía, desde el primero de la estirpe hasta el último, el de la cola de puerco, que es hijo, nada más y nada menos que de este Aureliano bastardo y de su tía madre Amaranta Úrsula, relación incestuosa que atrae el castigo, tal como lo profetizaban los manuscritos, sobre la familia y el pueblo fundado por ésta.

Pero el camino para la escena final de *Cien años de soledad*, en la que Aureliano lee los folios de Melquiades como “espejo hablado”, porque le permiten ver, en simultáneo, lo que está ocurriendo, es largo y lleno de experiencias singulares que atañen directamente a este personaje.

La novela nos hace saber que él no nació en la famosa casa familiar, sino en un convento lejano adonde llevaron a Meme, su madre, como castigo por haberse enamorado de un obrero. Una monja trajo al recién nacido a Macondo en una canasta, y su abuela lo tuvo que recibir en contra de su voluntad, pero aclaró que diría que lo habían encontrado flotando en una canastilla. La religiosa opinó que nadie creería esa versión y Fernanda contestó que si se lo habían creído a las Sagradas Escrituras no veía por qué no le iban a creer a ella. Se quedó, pues, con el niño, pero se empeñó en mantenerlo oculto en la casa, porque su condición de bastardo era una vergüenza para la familia. Pese a ello, se incorporó a la vida familiar y creció al lado de Amaranta Úrsula, su tía y futura pareja. La participación más relevante del personaje comienza cuando Aureliano aún niño se acerca al famoso cuarto de Melquiades y

allí toma contacto con José Arcadio Segundo, su tío abuelo carnal, pues es gemelo de Aureliano Segundo, abuelo del niño.

Pero este personaje, encerrado en el cuarto abandonado, fue en otro tiempo el líder de las protestas populares que hubo en Macondo, en contra de los abusos que cometía la compañía bananera con los trabajadores, y que concluyó con una masacre perpetrada por fuerzas del ejército que llegaron desde el páramo y dispararon a la multitud que se había reunido en la plaza. Las víctimas de esta matanza fueron llevadas en un tren, y el único sobreviviente fue José Arcadio Segundo, quien cuando regresó a Macondo pudo comprobar que esa tragedia había sido borrada de la memoria de la gente, pues todos los vecinos negaban que hubiesen muerto los tres mil que este protagonista vio perecer bajo el fuego de las ametralladoras.

Su pequeño sobrino y acompañante escuchó esta versión de los hechos y la asumió como cierta; de este modo se convirtió en el depositario de una verdad histórica que contradecía la verdad oficial y asumió la defensa, en cuanta ocasión se le presentó, de lo que le había contado su tío abuelo. Esta posición hizo que más adelante Aureliano trabara una amistad más estrecha con Gabriel, uno de los personajes que conoció en la librería del sabio catalán, y alter ego del autor real de la novela, tal como puede apreciarse al leer el libro de memorias de Gabriel García Márquez, aunque allí se comprueba el carácter totalmente ficticio de Aureliano, pues éste no aparece nunca en las reuniones que comparten Gabriel, Alfonso, Germán y Álvaro; los tres últimos nombres corresponden a los de entrañables amigos del Premio Nobel 1982⁴.

La cercanía del tío abuelo con el sobrino, también permitió que este último, después de aprender a leer y escribir, se iniciara en el trabajo de lectura y desciframiento de los manuscritos del gitano. Como dice Víctor García de la Concha, “descifrar los pergaminos de Melquía-

4 Gabriel García Márquez. *Vivir para contarla*.

des fue un empeño familiar largamente frustrado, de los Buendía”⁵; lo intentaron varios, pero solo el penúltimo lo logró, porque así estaba establecido, aunque ello significó la desaparición de la estirpe.

De modo que antes de llegar a ese momento apocalíptico, nuestro personaje se empeñó en ese trabajo de traducción, primero en compañía de su tío, y luego solo cuando este murió. Además la permanencia prolongada en el cuarto de los folios lo llevó a asumir una concepción especial y mágica del tiempo, según la cual en ese rincón abandonado de la casa siempre era marzo y siempre era lunes. Aureliano, pese a su juventud, se desconectó de su tiempo y se convirtió en alguien que poseía los conocimientos de un hombre medieval, pero que no sabía nada de su propia época. Siguiendo una tradición de sus antepasados, también él trabó contacto con Melquíades y de estas conversaciones sacó en claro que los papeles estaban en sánscrito; el gitano lo instruyó para que los descifrara cuando cumplieran cien años y le dio el dato de que un sabio catalán tenía en su librería el volumen de sánscrito que necesitaba para continuar su trabajo. Como él no podía salir de la casa a buscar el libro, su bisabuela Santa Sofía de la Piedad se lo consiguió, y con esta gramática Aureliano logró traducir el primer pliego, tres años después y ya cuando su antepasada había abandonado la casa, y lo dejó con la sola compañía de su abuela Fernanda del Carpio, quien también murió; cuatro meses después retornó su tío José Arcadio, hermano de Meme, su madre, quien regresaba de Europa, adonde fue enviado por su madre Fernanda para que llegara a ser Papa.

A pesar de su confinamiento en la casa familiar, Aureliano finalmente se vio obligado a salir y conocer el pueblo. Su objetivo era ir a la librería del sabio catalán a buscar los libros que necesitaba para seguir traduciendo, y el librero no solo le dio los volúmenes solicitados, sino que le devolvió el pescadito de oro con que el cliente pensaba pagar el precio debido. Como este personaje del sabio catalán corresponde a un

5 Victor García de la Concha: “Gabriel García Márquez, *En busca de la verdad poética*”, en Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad* (edición citada en esta ponencia), p. LXIV.

personaje real que el autor de la novela conoció y admiró en la ciudad de Barranquilla, junto con los cuatro amigos, como lo señala en sus ya citadas memorias, en este pasaje de la obra lo describe con simpatía⁶.

Pero el destino total de Aureliano, también anunciado en los manuscritos, no estaba ligado solo a la tarea de traducir los enrevesados caracteres que Melquíades había plasmado, sino que debía vivir la experiencia del amor con su tía Amaranta Úrsula, que por esos tiempos llegó de Europa, en compañía de su esposo Gastón. La casa retoma algo de la vida de otros tiempos, gracias al dinamismo de la recién llegada, que hace recordar a la vitalidad de su tarabuela Úrsula Iguarán. Las interacciones entre estos personajes epigonales de la historia son curiosas y nos muestran a Gastón intentando un acercamiento amistoso hacia Aureliano, mientras este descubre que su tía Amaranta Úrsula ejerce sobre él una atracción irresistible. Imposibilitado de intentar, en ese momento, un acercamiento hacia ella, busca en la compañía de Nigromanta, una negra joven que había conocido en sus recorridos por el pueblo, la mujer con la cual desfogar la pasión oculta que siente por su tía.

La relativa libertad de que goza Aureliano lo lleva también a disfrutar de dos experiencias muy positivas y ligadas entre sí: la amistad y la literatura. Como ya habíamos adelantado, el joven Buendía se había hecho conocido del sabio catalán que lo abastecía de libros para su trabajo de traducción, y a través de él y en el local de la librería se encontró y se hizo gran amigo de los cuatro jóvenes que también acudían a ese lugar, atraídos por la sabiduría y simpatía que irradiaba este personaje.

Rápidamente surgió un afecto común entre todos ellos, y Aureliano, ganado por la cordialidad de Álvaro, Germán, Alfonso y Gabriel descubrió que "la literatura era el mejor juguete inventado para bur-

6 Este personaje literario (el sabio catalán) corresponde "al escritor catalán Ramón Vinyes (1882-1952), librero y después profesor, que llegó a Barranquilla y sirvió como aglutinante del llamado "Grupo de Barranquilla", del que formaba parte García Márquez". Cf. Edición conmemorativa, p. 604.

larse de la gente". Ya hemos señalado que aunque apreciaba a todos por igual, con Gabriel se estableció un lazo más fuerte de solidaridad, porque este último fue el único que le creyó cuando en una ocasión Aureliano habló de su antepasado, el famoso coronel Aureliano Buendía. Gabriel no sólo aceptó que este personaje realmente había existido, sino que había sido compañero de armas y amigo inseparable del coronel Gerineldo Márquez, su bisabuelo. La coincidencia de puntos de vista también se manifestaba cuando hablaban de la matanza de los tres mil trabajadores en la estación del ferrocarril; ese desgraciado suceso era tan real y catastrófico que había traído la ruina de Macondo, e incidía directamente en la situación de incertidumbre en la que se encontraban estos desafortunados descendientes de dos hombres que vivieron en la época de esplendor del pueblo, hasta antes de la llegada de la compañía bananera.

La amistad se fortaleció entre los miembros del grupo, y aunque eran jóvenes bohemios que ocupaban parte de su tiempo en asistir a los burdeles fantasmagóricos que existían en Macondo, también se esforzaban en realizar algo perdurable y en ese empeño los ayudaba la afectuosa sabiduría del viejo librero. Incluso, Aureliano abandonó el estudio de los manuscritos, justo cuando empezaba a entenderlos. Pero también se dio cuenta de que el tiempo alcanzaba para todo y por ello no solo iba a los burdeles con sus amigos, sino que se dio un espacio para volver a los manuscritos con el propósito de descifrarlos.

El retorno al cuarto de Melquíades le dio una nueva oportunidad de reencontrarse con Amaranta Úrsula, quien, un tanto postergada por su esposo Gastón, buscó un acercamiento con el sobrino, a quien llamaba el antropófago. La relación se estrechó y Aureliano llegó a confesarle su amor, lo cual originó una reacción muy fuerte de Amaranta Úrsula, quien amenazó con retornar a Europa en compañía de su esposo Gastón. Esta amenaza, como sabemos, no se cumplió, porque ya estaba escrito que ambos se unirían y engendrarían al último de la estirpe.

Empero, de momento, la violenta reacción de la última de las Buendía provocó el regreso de Aureliano a un burdel, en compañía de sus cuatro amigos. Allí se encontró nada menos que con Pilar Ternera, su tatarabuela⁷, y como tenía que ocurrir terminó confesándole a ella la pasión secreta que sentía por una mujer. Cuando Pilar se enteró de la identidad de la que causaba las penas de amor del joven Buendía se rio al comprobar que “la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje” y le dijo que adonde fuera que se encontrara, la mujer que lo obsesionaba lo estaría esperando. Y así fue: Aureliano regresó a la casa y a pesar de las resistencias no muy firmes que encontró terminó amándose con su tía. Como lo han señalado algunos comentaristas, el encuentro íntimo y prohibido de los Buendía constituye uno de esos momentos supremos en que la prosa de García Márquez se torna más intensa y más poética y está a la altura de ese instante crucial que niega un siglo de prohibiciones y abre el camino de la próxima desaparición de Macondo. Para recordar el vuelo que alcanza este pasaje, transcribimos un breve fragmento:

Amaranta Úrsula se defendía sinceramente, con astucia de hembra sabia, comadrejaando el escurridizo y flexible y fragante cuerpo de comadreja, mientras trataba de destroncarle los riñones con las rodillas y le alacraneaba con las uñas, pero sin que él ni ella emitieran un suspiro que no pudiera confundirse con la respiración de alguien que contemplara el parsimonioso crepúsculo de abril por la ventana abierta (p. 310).

La presencia de Gastón no impidió que se volvieran amantes. Al contrario, se convirtió en acicate para desatar una pasión que no tenía límites y que se consumaba en cualquier lugar de la casa. Como era previsible, el marido de Amaranta Úrsula desaparece de la escena y deja

7 Este personaje mantuvo “una estrecha relación con las sucesivas generaciones de Buendía”. Cf. *Cien años de soledad*, Edición conmemorativa, p. 603.

el campo libre para que la pareja incestuosa se ame sin pausa, hasta concebir el animal mitológico que traerá la extinción de la estirpe. Y en efecto, ello ocurrió, nació el anunciado Buendía con cola de puerco y casi de inmediato murió desangrada Amaranta Úrsula, mientras Aureliano se quedaba más solo en ese pueblo, y sin saber qué hacer con ese recién nacido, que según nos dice el narrador “era el único que en un siglo había sido engendrado con amor”.

La doble tragedia que se abatió sobre el penúltimo de la estirpe (la muerte de Amaranta Úrsula y el nacimiento de un niño con el temido estigma) sumió a este en un desamparo total y su única reacción consistió en abandonar la casa, que era más que nunca la residencia de la soledad, y salió a vagar sin rumbo por el pueblo que también estaba envuelto en una atmósfera de deterioro, de inminencia de un acabamiento definitivo. En esos momentos extrañó sobre todo a sus cuatro amigos y al sabio catalán, con todos los cuales había compartido el entusiasmo por la literatura. Retornó entonces a su casa y pudo ver cómo a su hijo recién nacido se lo llevaban las hormigas. Esta imagen desoladora le trajo a la memoria la profecía de Melquíades según la cual “El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas”.

El recuerdo de esta frase lo llevó a buscar los manuscritos porque se dio cuenta de que en ellos estaba anunciada la historia de todos los Buendía, incluida la suya y la del niño con cola de cerdo. Si bien estos folios aparecieron a lo largo de la historia una y otra vez y concitaron la curiosidad de varios de los miembros de la familia, Aureliano se convierte en el primero y en el último en captar el sentido total y definitivo de estas hojas escritas por Melquíades y en las que, en forma cifrada, se da cuenta de todas y de cada una de las vidas de los innumerables personajes que habitaron la casa familiar.

En esa lectura postrera Aureliano descubre el método de la escritura del gitano, quien “no había ordenado los hechos en el tiempo

convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante”.

Es decir, los folios no presentaban los sucesos de la centuria de un modo sucesivo, como es habitual que lo haga el discurso narrativo, por la propia naturaleza temporal de la palabra, sino que plasmó el modelo de la simultaneidad, en el que todos los hechos se desarrollan al mismo tiempo. Este modo singular de percibir la realidad lo lleva también a hacer un recorrido veloz por la historia de sus antepasados y a experimentar un paralelismo entre la lectura de un hecho y la ocurrencia del mismo, pues en los manuscritos que Aureliano revisa con asombro y avidez se había establecido que él los leería, y así estaba ocurriendo. Ello le permitió conocer su propio origen y saber que el final del tiempo había llegado para él y para el pueblo de Macondo.

Y así concluye esta novela, con la imagen de un personaje que lee y que al leer redescubre que el destino del hombre se enmarca entre la vida y la muerte, entre el amor y la soledad, entre los sucesos que ocurren en la realidad y la versión escrita y narrada de los mismos, para que otros seres humanos, nosotros los lectores, podamos mirarnos en ese espejo hablado y tomar conciencia de lo hermosa y terrible que es la condición humana.

Bibliografía

GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor. “Gabriel García Márquez, En busca de la verdad poética”, en Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad* (edición citada en esta ponencia), p. LXIV

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cien años de soledad*. Edición conmemorativa. Colombia, Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, 2007.

_____. *Cien años de soledad*. Bogotá, Editorial Oveja negra, 1984.

_____. *Vivir para contarla*. Bogotá, Editorial Norma, 2002.